

ESTAMPAS PROVINCIANAS

— Por ALFONSO PIÑEROS Y PIÑEROS —

En el ancho marco de la plaza, de lajas centenarias, enmarcadas por franjas diminutas de césped verdinegro, comienzan a emplazarse desde la víspera, cargazones de panela y batán; enormes bultos de ollas y paja —que parecen remedar en miniatura las espaldas ciclópeas de los cerros—, y jotos de mercancía. En medio de aquellos bultos hacen su guarida, en tal noche, los dueños, y duermen allí, heroicamente atrincherados contra el frío. Las lentas campanadas de **las ocho**, —suprimidas por elegante snobismo de los sacristanes—, y la música apacible de la pila, que hila bajo la luna, sus sartas de perlas, adormecen el sueño de los patriarcas campesinos.

Al primer canto del gallo comienza a insinuarse abigarrada polifonía de llantos de niños, rebuznos de borricos y ladridos de perros. Voces cascadas de viejos y alegres carcajadas de campesinas acompañan el chisporroteo de las fogatas, que estallan aquí y allá, esparciendo agradable olor de hojarasca, que se combina con el del anisado, bebido a grandes tragos. El humo, en volutas tímidas primero, y luego en nubarrones espesos, comienza su ascensión a las alturas, sonrientes ya con los primeros albores del día. Rayos de luz dorada ruborizan las nubes diáfanas de verano; las cumbres de los cerros; las copas de los árboles; las dos torres que, como ángeles gemelos, custodian el lugar. Entre los bosquecillos de pomarrosos y chirimoyos, toches, azulejos y mirlas celebran su festín matinal, con flauteada algarabía.

La voz juvenil de la campana recuerda al pueblito risueño, la hora bendita en que una Virgen concibió, sin dejar de serlo, “la Luz verdadera, que ilumina a todo el que viene a este mundo...” Comienzan a gruñir los goznes de las puertas, a resonar el empedrado de las calles con pasos de cabalgaduras, y llega de los establos lejanos, un coro de terneros. Muy madrugadoras las señoras, ya vuelven de Misa rezada. Vienen con ellas varias campesinas, que traen sus **guchubos** con huevos y curubas, y a la espalda los chicuelos, cargados con el pañolón, a manera de pretal. Síguelas un indio bronceado y fornidote, que cabrestea un manso torito, de ojos espantados, en cuyo lomo se balancea una carga de papa. En el zaguán empedrado, con tarimas laterales; entre el acezar del toro,

los ladridos del perro de la casa y el llanto de los niños campesinos, se entablan diálogos pintorescos:

—Si deja la papa en los tres y medio, descárgela.

—No, mi señora. No puedo en menos de cinco. No dejante que el año ha 'tao malo, y 'tá tan descasa...

—Sumercé, me merca a yo este pollito...?

—Cuánto...? Pregunta la señora, pesándolo en la mano...

—Ay serán los tres riales. No...? sumercé...

—Dos le doy, y le encimo el desayuno. Responde la señora.

—Ay 'tá pues. Contesta la vieja, halagada con la perspectiva del cacao...

—Aquí 'tan, sumercé, los güevitos. Son tres riales y medio.

—Tóme tres, y váyase. Jesús...! Que ya me tienen borracha...! Por Dios... No puedo con tanto ruido...!

—Oh... Ooooo...! Quéto...! Grita el indio, mientras afloja la sobrecarga al toro.

Sigue, en tanto, en la plaza, la afluencia de gente: se oye de lejos, como el zumbir de una colmena, cortado por los golpes secos que dan, con sus hachuelas, los vendedores de carne, y el tintineo de la campanilla con que anuncia su negocio, un curandero ambulante. **Dejan** a Misa Mayor... El tañido musical de los bronces se queda como prendido a las lomas, y resuena en ellas con ecos que poco a poco se van apagando. Los bultos de ollas se han desbaratado, y dejan ver sobre la paja grisosa, el rosado amarillento de los cacharros nuevos, con pinceladas brillantes de pintura vidriada. El dulce sol mañanero lo envuelve todo, en rayos bienhechores, pone notas de color encendido en las frutas de los canastos que, al caldearse, impregnan el aire de perfumes acres y penetrantes, como los de un salón de baile. Los trajes de las campesinas ostentan el lujo barato de sus gasas y percales. Un largo tañido conmueve la plaza, y a sus ecos todo el mundo guarda silencio, con el sombrero en la mano. La vendedora de chicharrón se queda con el cuchillo en alto... Sólo se oyen los chorros de la pila desgranando su canción cristalina, en el tazón de piedra, y la algarabía de los pajarillos, que juguetean entre las ramas ebrias de sol. Se quejan las campanas, con un último tañido; hay un largo rebuzno junto a la pila, donde alegre corro de aguadores llena sus cántaros y barriles. Brillan al sol, en los tendidos de los mercachifles, los espejitos, y el metal de las navajas, y la pedrería de ilusión de las ajorcas, orejeras y

gargantillas. En el aire, mecidos por alegre brisa, flamean pañuelos de mil colores, con dibujos chillones y coplas de variado sabor:

Para cantar nace el ave,
para perfumar la flor;
para morir nace el hombre,
para amar, el corazón...

A dó irá el buey que no are
y la mujer que no lllore,
el pájaro que no cante
y el hombre que no enamore...?

Una novia que yo tuve
todas las efes tenía:
Era fea, flaca, floja
fregona, frágil y fría...

Detrás del toldo blanco, donde un viejo barrigón rasga, con chasquido estridente un trozo de percal, un grupo de sombrillas y trajes de **color fino** se insinúa, con risas y cuchicheos; son veraneantes bogotanas. Por la puerta oscura de la iglesia va saliendo el gentío, como un canasto de frutas multicolores que se vaciara en la plaza. Se oyen, entre la vocería, los acordes monótonos del armonio, con que acompaña el cantor, una serie interminable de Salves... Vedle y oídle, magistralmente descrito por Casas, en inmortal soneto:

De marras el cantor, firme en su estado,
agudo en voz, esférico en persona,
canta, en latín de facha cimarrona,
un Credo polimétrico y llorado.
Tiene afición al trémolo aflautado;
y aunque a veces, por tierno desentona,
como un rey que administra su corona,
recorre los dominios del teclado.

Va de su fama navegando a bordo;
fama de que, en **dolceza y fioritura**
es tal su encanto, que hechizara a un sordo.
Y en sus ratos de artística ternura,
siendo él, como es, entre los gordos gordo,
pierde el compás, con toda su gordura...

En la acera del estanco, tres borrachos arman camorra a un pobre policial, y desata un organillo la madeja de sus notas gangosas, parodiando un vals antiguo, entre gritos de la chiquillería y chillidos de pericos. Por el andén de baldosas desiguales, un pobre hombre sin piernas se arrastra a jalones, y extiende, a los transeuntes, su mano sucia. Desde el balcón de la Alcaldía, un tambor destemplado congrega a la gente, y se oye al cabo la voz aguardientosa de un quidam que lee no sé qué requerimiento municipal, en que se ordena enlucir y pintar los frentes de las casas, y se conmina con multas a los

renuentes. Los albañiles, de ruanas verdosas, y sombreros salpicados de cal, se dan la enhorabuena.

En todo pueblo existe la que se llama, y es, LA CALLE CALIENTE. No es de las más amplias ni centrales. En cambio sí es la más concurrida, como que en ella se dan cita los negociantes, para celebrar sus tratos, y los novios, para gozar y acariciarse a su gusto. En ella están ubicados los mejores restaurantes o piqueterías, donde casi siempre descuella colgado en el patio, un cordero recién muerto, con las entrañas al aire, y circulan por corredores y dependencias, fámulas hermosotas, que son las "meseras", encargadas de atender a la clientela. Pero el personaje de más importancia en estas fondas, es siempre la "Ventera", o sea la que despacha en la tienda:

Ventero no: venterita,
porque ventero es desdicha:
en la tienda del ventero
ni el demonio pide chicha.

Bendita la venterita;
bendita en todo momento:
porque da cariño al pobre
y de beber al sediento...

El que quiera parrandiar
sin que la moza le juya,
vaya a la tienda de chicha
que allá hay una, y ésa es suya.

El que juere enamoráo
quenamore a la ventera,
que le dará el vasue chicha
y el besito cuando quiera...

Por eso las escogen bonitas y complacientes, aunque no tanto, ya que deben guardar la tienda, y a sí propias:

Si se sale la ventera,
le roban el mojiçón;
si por éso no se sale,
le roban el corazón.

Unos ojitos, ventera,
y endespúes otra cosita:
regolveremos con trago
y nos sabrá-a gloriecita...

Es de ver allí, sobre largas mesas, rodeadas de comensales, humeantes platos de loza del país, vistosamente decorados, llenos de papas completas, es decir con su linda piel morena, maquillada con hogo de cebolla y queso; astillas de yuca tierna, arreboladas de achiote; gordas tajadas de sobrebarriga, y mazorcas como aderezos de perlas. Majestuosamente se destacan, con brillo aterciopelado, las morcillas o rellenas, de clarísimo abolengo español. Ya el clásico don Baltasar las cantó, con entusiasmo. En La Cena, dice a su sobrina, Inés:

.....
la morcilla, gran señora
digna de veneración.
Qué oronda viene y qué bella,
qué gracia y enjundia tiene...!
Paréceme, Inés, que viene
para que demos con élla...

¿Qué hubieran dicho aquellos poetas, si hubiesen probado las fabricadas en esta tierra de Dios, con sangre cocida de puerco muy gordo, y aromatizadas con yerbas del monte...;

Si querés comer morcillas
con orégano y poleo,
andá véte a 'aquella tienda,
que allá vende Don Tadeo...

Perdidas entre platos y bandejas, pequeñas artesas con ensaladas de aguacate y de huevo, con más ají que otra cosa, para picar la boca a los clientes, y que pidan harto de beber. Contémplanse otrosí, grandes bandejas con presas de gallina, en la gentil compañía de habas, cubios, alverjas y repollo cocidos. Con el vaporcito de la chicha, van alegrándose las lenguas; saltan, como chispas, las ocurrencias picantes; resuenan por doquiera carcajadas alegres, y bien pronto la música regional pone su nota de sentida belleza, en la animada fiesta. Y así, por el zaguán hervoroso de gentes que entran y salen, trinan ya las voces del requinto, la guitarra, la dulzaina y el pandero, que preludian el baile. Abrese campo la gente, para mirar, y allá, en el patio, refulgente de sol, un campesino en camisa, y una morena de trenzas flotantes bajo el sombrerito y mantellina graciosamente recogida con los brazos, se huyen y se buscan amorosos, a los compases del torbellino. Entre el grupo musical, descuella una voz:

Ay le va, niña preciosa,
musiquita con amor;
porque vamos a tocar
el requinto y el chimbor.

Esta dulzaina es mi amigo
chiquitico pero güeno.
Como yo la quero tanto
hasta la guardo en el seno.

La guitarra que yo toco
siente com'una persona:
unas veces canti riye
y otras veces gim'y llora.

Y sigue el jolgorio, porque menudean las libaciones; y como la música no escampa, a todo el mundo le entran deseos de "mover el esqueleto". Y si el baile se anima cada momento, ¿qué será el amor...?

Sáque otra y otra pareja
y a bailar, amigo Pacho:
si los viejos son alegres
qué será un probe muchacho...?

Qué bonitas esas niñas,
y más cuando 'tan bailando;
que rebullen las colitas
como chivitas mamando...

En la tarde. El cielo, de purísimo azul, se toca de nubecitas color de rosa. El sol vespertino salpica con brochazos de oro

viejo las copas de los árboles; los montes lejanos; las torres de la iglesia; la lejanía esfumada del paisaje, haciendo resaltar, entre el verde fresco de los cañales, los caminitos de ocre. Las sendas campesinas se oscurecen bajo el ramaje frío. Sobre la colina del cementerio, con dulce parpadear como de niño, luce la estrella del crepúsculo: Venus, la diosa del amor, a quien saluda el bosque con la sinfonía de sus trinos y exóticos olores. Y el amor triunfa sobre la melancolía de la hora, porque una esbelta moza de piel bronceada y formas garridas perfila su silueta sobre el fondo de oro. Momentos después salta de entre el monte, un mocetón fornido y ágil, como un becerro. Qué hermoso conjunto hacen los dos, bajo el palio de sombra. Juegan huyéndose y buscándose, como las ondas, cuando quieren confundirse en un beso de espumas...

—¿Y por qué no querés regalarme la pajita que tenés en la boca...? Te la cambio por... Por too lo que tengo aquí. Y golpeó el guarniel que llevaba.

—Nunca...! Por nada...! Mejor... No. Arretírese p'allá. Mire que, en después...

—En después que...? Serás mi mujer... Par'eso sé trabajar. No has visto la potranca lo linda que 'tá, y los pasos que va soltando...? Y en el barbecho, y en la roza, p'echar abajo con l'hacha un dinde g'un... Un mundo soy yo capaz 'dechar abajo, pa que seás de yo...

—Peetraaaaa... Oooooh Petraaa... (repitió el eco en un peñón). Abrevie, que se nos ech'encima la noche... Y no es güeno que 'ten solos. Musitó la madre, entre dientes.

—Allá voooy... Contestó la muchacha. Y desprendiendo, con esfuerzo, una mano que él le había cogido entre las dos suyas, le dio (como equivocándose), la pajita codiciada, y echó a correr...

Con los ojos encandilados se quedó contemplando Juan, el repecho por donde acababa de perderse su amada... La grana del poniente era como una inmensa hoguera, tras los picos de los montes. De trecho en trecho cortaban el paisaje, macizos de espesura. Sintió Juan entonces el embrujo de la soledad, en las almas que sueñan. De su pecho brotó un suspiro: Sin poder contenerse descolgó el tiple que llevaba a la espalda. Las cuerdas gimieron al cabo, acariciadas por sus dedos toscos, que tenían esa tarde, suavidades de raso. Su voz, con dejo melancólico, pero fuerte y viril, gritó, más que cantó:

Todo es desear y querer
y volver a desear...
Detrás de cada placer
hay un montón de llorar...

Díme, corazón, qué quieres
tan inquieto como estás...?
No contesta, pero sigue
cada vez brincando más...

Cae la noche. Y a medida que la tierra se ennegrece, van brotando en el cielo, como granos de luz arrojados por una mano invisible, centenares de estrellas:

Las estrellas en el cielo
salen apiñuzcitas...
Así salen mis suspiros
todas las madrugaitas...

Me pusia contar estrellas
y mis cuentas fueron malas:
en el cielo y en la tierra
hay estrellas por manadas...

El pueblo se ha dormido, como un niño obediente, a la voz de las campanas. Allá abajo, en la plaza ruidosa y alegre a la mañana, perrucos hambrientos merodean, buscando desperdicios. Los muchachos inquietos amontonan hojarascas y vástagos. De pronto un rojizo chisporroteo rasga las tinieblas, y ruidosas candeladas iluminan con caprichosos parpadeos, el contorno severo de la plaza y las torres ya calladas, de la iglesia. Los collares brillantes de la pila fulgen con amarillos centelleos, y su canto otrora argentino, tiene quejumbres de salmodia. Sobre el fondo brillante de las fogatas, con irrespetuosa gritería, sombras negras danzan y saltan, como un coro de demonios...

Alfonso Piñeros y Piñeros

Bogotá, junio de 1953.